

A Enrique Lara  
(Se le suprime el don en castigo  
a su piratería)  
de su amigo J. Mayas

Los Alquimistas



M-VAR-4808 SM/3579

S. González Anaya

# Los Alquimistas

Conferencia

leída en la

Sociedad de Ciencias de Málaga

el día 8 de Octubre de 1903



MCMIII  
IMPRESA "LA IBÉRICA"  
MÁLAGA

X-61-063352-9

---

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca  
la ley.

---

# Dedicatoria

Á la Sociedad Malagueña

de

Ciencias Físicas y Naturales,

El Autor,







## Señoras y Señores:

**H**ABEIS sido invitados á oír la elocuente, la inspirada palabra del Sr. Cano y Cueto, castizo prosador y poeta ilustre, orgullo y prez de las letras andaluzas, pero circunstancias imprevistas y naturales en el elevadísimo cargo oficial que el Sr. Cano y Cueto desempeña, le privan, contra su voluntad, de asistir á este acto, honrándonos con su presencia y deleitándonos con su palabra.

Como todos contábamos con él, ninguno de mis respetables compañeros en Sociedad tenía terminada su conferencia respectiva; bríndanme la ocasión, y yo, porque la premura al confeccionarlos, no reste méritos á ninguno de los trabajos que han de leerse en futuras veladas, acepté el honrosísimo encargo y así no se pierde otra cosa que el tiempo que empleeis en escucharme; pérdida de la que os resarcireis en las lecturas sucesivas.

Esta es, pues, la vez primera que elevo mi voz ante vosotros. ¡Y á fé que es valerosa atrevidad, la mía, de seros agradable, contándóos olvidados acaccimientos y refrescando añoranzas vetustas, nombres y fechas, de aquel arte, de aquella locura gloriosa, que cantó en su enigmático poema *La Crysopeya*, el chasqueado Augurello de Rímini!

Un proverbio inglés, visita familiar de nuestra memoria, dice que *el tiempo es oro*. En invertida alquimia, yo voy á echar el oro de esta noche, en el crisol de vuestra paciencia, más... no esperéis la piedra filosofal, sino el grosero cobre de mis palabras.

Y pues los malos ratos deben pasarse pronto, voy, sin más consideraciones ni preámbulos, á leeros estas cuartillas, llenas de incorrecciones, que defiriendo á tan enaltecedora invitación, hé emborronado, á escape y al vuelo, para probar la nunca, en estos salones, hasta ahora acreditada paciencia de vosotros.







## Señoras y Señores:

**P**ARODIANDO la frase de Kepler, incurriríamos en el error de llamar á la Alquimia, *la madre loca de una hija razonable*, si no estuviéramos persuadidos de que fué esta ciencia, acaso no la más razonable, pero sí la más provechosa de su tiempo.

De aventurada tildarán algunos esta rotunda afirmación. ¡Llamar la ciencia mas práctica á la locura mas grande de la Historia! ¡Eso es estar mas loco, por lo menos, que los mismos ilusos, que los mismos poetas, que los mismos aventureros de la piedra filosofal! Mas, si se atiende á los incalculables beneficios que esa *locura* proporcionó á la humanidad, beneficios que os enumeraré más adelante, vereis cómo la prevencion se desvanece, resplandeciendo á plena luz la veracidad de mi creencia.

No nos detengamos á explicar los orígenes

filológicos de la palabra *Alquimia*. Quien no los sepa, vaya á buscarlos al inevitable Larousse, ese pozo de ciencia de los eruditos á la violeta, en cuyo número tengo el hondo disgusto de contarme. Detengámonos, sí, un poco, en sus orígenes históricos, que por la confusión que existe en ellos, darían materia más que suficiente á un largo capítulo de este trabajo, si la brevedad indispensable de estas lecturas, no constriñera lengua y pluma á un exámen somero y superficial.

Historiadores hay, que remontan la antigüedad de la alquimia á los tiempos bíblicos y hacen primer alquimista del mundo á Tubalcáin, el forjador de la Escritura; Olæus Borrichius en su obra *De ortu et progressu chemiæ*, defiende, con ingeniosos razonamientos y mal probadas razones, este quimérico linaje de la ciencia; otros, los más numerosos, ven en la *Tábula smaragdina*, de Hermes Trismegisto, filósofo y legislador egipcio, que floreció veinte siglos antes de la era cristiana, el principio fundamental de esta filosofía, llamada después hermética en homenaje á su discutible fundador; Cantú, en su *Historia Universal*, se convierte en eco de una suposición muy al uso, que hace nacer la alquimia ó altaquimia en el siglo pitagórico, y del filósofo de Samos el fundador de ella; aseguran muchos, que los chinos la practicaron

antes; Fernando Hoefer, entre otros, simpatiza con esta idea, en su admirable y concienzuda *Historia de la Química*; el erudito Luís Figuiet, en su notable estudio *La alquimia y los alquimistas*, supone que las teorías inconexas y vagas difundidas por el mundo antiguo, encontraron en los sabios del bajo imperio de aquella feliz Bizancio, que fué en el siglo IV asilo de todas las artes y de todas las ciencias, propagandistas y manipuladores entusiastas. Por último, el ignorado y curiosísimo escritor francés Santiago Collín de Plan-cy, en su *Diccionario infernal*, concede á los árabes el privilegio glorioso de ser los primitivos creadores de esta ciencia, los ardientes soñadores de este ideal magnífico y eterno.

No puede el cronista, por minucioso que sea (y yo no aspiro á serlo en este caso) inclinar la balanza de su credulidad á la derecha ni á la izquierda; pongamos la aguja en el fiel y á nivel los platillos; creamos que es cierto que cultivaron esta ciencia, chinos, egipcios, babilonios, asirios y caldeos. Que los monjes de la secta de Tao, secuaces del filósofo *Lao-Tsé*, quisieron hacer del estaño plata y de la plata oro; que fueron magos de la Caldea los que se dedicaron primeramente á la investigación alquímica, para hallar el agua divina, idea matriz de la panacea universal, tan buscada posteriormente por los árabes; que

trás los grifos y los esfinges, símbolos del silencio y la impenetrabilidad, esculpidos en las puertas de los santuarios egipcios, laboraban los sacerdotes de Isis y de Memphis sus operaciones misteriosas, ante los iniciados en la *Ciencia sagrada*; que los judíos alejandrinos, que gozaron mucho tiempo la hegemonía de las ciencias filosóficas, sacaron fructíferas enseñanzas en el arte de hacer oro, de la *Cábala*, esa obra caldeo-rabínica, que desvirtuó tantos raciocinios y que enloqueció á tantos sabios; y que en el *Libro secreto* de Moisés, se encuentran las recetas de la transmutación. Creamos serenamente todo eso. Admitamos que esos dioses mitológicos, esos sabios pseudonímicos, esos héroes semifabulosos, son personajes reales, carne y hueso de ayer, polvo en la tierra de hoy, y no fantasmas de lo pasado y polvo en la memoria de los siglos.

Demos también por cierta la existencia de los trabajos alquímicos en Grecia. Los polígrafos bizantinos y los árabes recogen en sus obras, á título de tradición casi todos, los nombres de los sabios griegos que se ocuparon en estos estudios, de verdadero carácter científico más tarde, merced á los apasionados mantenedores de la famosa escuela de Alejandría. Pitágoras, con su sistema de los números, resolviendo el problema de la cos-

mogonía ó sea *el principio de las cosas* (lo que nosotros llamaríamos ahora *lo absoluto*), sistema en que muchos adeptos y tratadistas ven el gérmen originario de la química; Demócrito de Abdera, el célebre fundador de la escuela atomística, que consiguió en la práctica, según nos cuentan, ablandar el marfil, fabricar la esmeralda de artificio y teñir las materias vitrificadas; Zózimo, á quien se deben infinidad de tratados de teorías maravillosas; Africano, autor de obras históricas, geográficas, agrícolas y químicas, entre las que se cuenta un estudio sobre la fabricación y conservación del vino; el obispo Sinesio, que nos legó las primeras indicaciones sobre el arcómetro; Olimpodoro y Estéfano, son nombres suficientes á robustecer la creencia dominante de que ya entre los antiguos se estudiaba la alquimia como una ciencia teórica y práctica, pero sin los ideales que la hicieron luego tan grande y que nos enriquecieron con sus asombrosas conquistas.

Frente á la tradición que nos lega Plinio de que el emperador Calígula invirtió grandes sumas inquiriendo el secreto de hacer oro, la historia del imperio romano nos enseña cómo este gobierno tuvo siempre el sistema represivo por norma de conducta, con matemáticos, astrólogos y mágicos, nombres con que entonces se significaban á los cultivadores de

infinidad de ciencias, todas así en montón, porque como en un principio fué el caos en la materia, también fueron caóticas las ciencias en el espíritu.

Pero vino el corte de cuentas. La rudeza cristiana triunfó del refinamiento helénico y la destrucción ordenada por Teodosio y emprendida por los brutales monges de Teófilo, los toscos adoradores de la religión nueva, no dejó del Serapeum de Memfis piedra sobre piedra. Cayeron en escombros santuarios y bibliotecas, muscos y laboratorios, y en las ruínas de aquella Babel del pensamiento humano, entre el fuego del incendio y la piqueta del fanatismo, quedaron sepultadas las creaciones maravillosas de los cerebros y destruidas las obras gigantescas de los cinceles. Entre los ahullidos del motín, pereció salvajemente asesinada la sabia Hipatia, última voz del mundo antiguo, honor de Alejandría, alma de aquellas edades cien veces más hermosas que las nuestras! ¡Todo cayó á los abismos de la Historia, al empuje de los ascetas idolátricos! ¡Cuanto era ciencia y arte, cuanto era belleza y poesía! ¡Todo en nombre de Cristo!

Pero ¡ah! que las ideas son las eternas triunfadoras!... Tras la tremenda rota, la alquimia refugióse en Bizancio y allí adquirió su desarrollo potencialidad exuberante. Porque es empresa equivocada de todas las religiones y

de todas las razas, la exterminación del espíritu por la destrucción de la materia. Las sequías, los huracanes, las inundaciones: la brutalidad de las fuerzas ciegas, podrá agotar en un día, en una hora, todas las cosechas de una campiña, de una nación, de un continente, pero en la germinación de las ideas, en el proceso de la actividad humana, donde no se ha perdido, ni se pierde, ni se perderá un grano, un solo grano, sin dar el fruto prometido, ¿que pueden la ambición, el fanatismo, la cólera y el odio?

Los primeros estudios verdaderamente alquímicos que se conocen, pertenecen á los escritores bizantinos del siglo VII. Figuier afirma que fueron ellos los que dieron á esta ciencia verdadero carácter, robusteciendo las teorías confusas de los filósofos de Alejandría; y Hoefler asegura que en la centuria octava los árabes conquistadores de Occidente emprendieron, con el ardor que es la característica de su raza, innumerables trabajos de investigación científica, fundados en las enseñanzas de las escuelas griegas y en los principios dominantes en los laboratorios alejandrinos.

Bagdad y Bassora, Kufa y Córdoba, Murcia y Granada, Sevilla y Toledo, eran centros de civilización universal, faros que centellaban con fulgor brillantísimo, proyectando torrentes luminosos sobre la tenebrosa obscuridad de Europa, sumida en la ignorancia de los prime-

ros siglos del cristianismo. Y cuando el triunfo de los árabes llegó á todos los rincones de España, la alquimia, con el encanto del misterio, franca la puerta á las más grandes ambiciones, halló bajo la lumbré occidental su patria nueva.

Lentamente, los pueblos cristianizados fueron abriéndose á la cultura. En aquel tiempo, un rey, era tan ignorante como un vasallo; ni uno ni otro sabían trazar sobre el amarillento pergamino las cifras de su nombre; era la cle-recía, la indispensable, la audaz dominadora del pensamiento, y siendo la depositaria de la religión, la difusora de ciencias y artes, constituía un Estado dentro de los Estados. Merced á ella, se fueron abriendo á la cultura pueblos y siglos, y ya en el XV, se hallaba todo el orbe conocido poblado de cerebros pensadores y de laboratorios alquímicos. Alberto de Bollstادت, Arnaldo de Villanueva, Ramón Lull, Rogerio Bacon, Vicente de Beauvais, Basilio Valentin, Nicolás Flamel y otros muchos, elevaron el ensueño científico á una altura verdaderamente prodigiosa, y los siglos XVI y XVII asistieron al colosal apogeo de su triunfo. Los nombres de Paracelso y de Cardan, de Cornelio Agrippa y Van-Helmont, atestiguan su importancia extraordinaria. Era entonces la alquimia, el ancho cauce que engrosaban todas las corrientes de la sabiduría y de la aspira-



ción; no era un estudio emprendido con entusiasmo, no; era más: era una fiebre, era un delirio, era una embriaguéz.

Innumerables sistemas filosóficos, falsos rudimentos cosmogónicos, teorías equivocadas, recetarios empíricos, investigaciones de lo imposible y credulidad en intervencionismos fantasmagóricos, todos los prejuicios de la superstición, todos los fraudes de la superchería, aletazos del ideal y bajezas de la codicia, el temor á Dios y el miedo al Diablo, la ignorancia de la villanía y la ambición de la grandeza, la sangre vertida á la continua y la idea, á la continua, amordazada, todos los accidentes y todas las costumbres de la civilización embrionaria y de la religión conquistadora, fueron partes á la gestación, al crecimiento, á la explosión de aquella fiebre, de aquel delirio, de aquella embriaguéz.

No culpemos á la ciencia sus innumerables extravíos; generalmente, la impotencia del hombre y el fracaso del accidente son lamentables inductores á la locura y á la perversión. El medio ambiente que formaron los prejuicios apuntados arriba, hizo que arraigara la semilla de la ciencia en los sembrados de la fantasía, y así, los hombres más sabios, las águilas de la Historia, los Lull y los Bacon, adoptaron absurdos procedimientos y fingieron creer en intervenciones celestiales y dia-

bólicas. Todos los alquimistas tenían á su servicio libros antiquísimos, atribuídos á Moisés y á su hermana María, á Hermes Trismegisto, á Job y á Henoc. Servíanse á diario del *Sefer* de Adan y de la *Clavicula* de Salomón; veían iniciaciones y bosquejos de la *Gran Ciencia* en los *Evangelios*, en el *Apocalipsis* y en el *Coram*; los adeptos estudiaban secretamente la *Cábala*, la astrología y la nigromancia; disponían de la vara de Moisés, de la piedra de Sísifo, del vello de Jasón, de la caja de Pandora, del fémur de oro de Pitágoras, y en último término, cuando estos maravillantes chirimbolos no daban el resultado apetecido, valiéndose de sacrílegas evocaciones en que mezclaban á todas las cohortes celestiales y á todos los caciques del Averno, recurrían nada menos que al demonio barbudo, y á *Berith*, el diablo de los alquimistas, á quien llamaban *Bolfri* los nigrománticos, que mandaba en sus dominios veintiseis legiones de condenados, y que acudía al conjuro bajo el aspecto de un guerrero jóven, vestido de escarlata y ciñendo á las, ignoro si cornudas, sienes el casco victorioso y centellante de los legionarios de Roma.

El absurdo supersticioso y el raciocinio filosófico, fueron los acicates de esta idealidad. Pretendían los alquimistas arrancar á la Naturaleza sus secretos, y así como los com-

patriotas de Geber buscaban afanosamente la manera de destilar el agua de la vida ó la panacea universal, otros, como Juan Muller, conocido bajo el sobrenombre de *Regiomontano*, pretendían la dominación del aire, y pasaban largas vigiliass entregados á ensayar aparatos mecánicos de resultados negativos; pero la solución más codiciada, el ideal más extendido, por el que, en cruzada espiritual, dedicaron el *Floreal* de sus ilusiones y el *Fructidor* de sus experiencias, todos los sabios, encaneciendo en la soledad de sus laboratorios, fija la vista en los hornillos candentes, no fué el dominio de la salud, ni el dominio del aire; fué la transmutación de los metales, el dominio del oro: la piedra filosofal.

Estudiemos, pues, rápidamente los principios fundamentales de la creencia en la transmutación.

Los filósofos herméticos comparaban la elaboración mineralógica á la generación animal, no viendo diferencia alguna entre el desarrollo del feto en la matriz de la hembra y la formación del mineral en el seno de la montaña. Todo lo nacido, orgánico é inorgánico, derivaba de su misma especie, existente antes que el, y decían: las plantas nacen de otras plantas; los animales, de otros animales; los fósiles, de otros fósiles. La facultad generatriz vá escondida en el gérmen, en la simiente que

forma las materias, y éstas se van desenvolviendo, generación tras generación, lenta y regularmente, evolucionando del estado imperfecto al estado de perfección. La formación de los metales viles, tales como el plomo, el cobre, el estaño, no son finalidades, sino accidentes. La naturaleza, que se esfuerza en dar á sus obras el último grado de perfección, tiende constantemente á producir el oro, y la metalización de otros productos no es más que la resultante de la malversación fortuita, acaecida en la formación de este cuerpo.

El estado imperfecto de un metal estaba caracterizado por su alterabilidad; el estado de perfección, por la propiedad de resistir á los agentes exteriores. Así el hierro, el plomo, el estaño, el mercurio, el cobre, metales fácilmente alterables al fuego y resistentes á la mayoría de los destructores químicos, representaban los metales nobles ó perfectos.

Esta teoría de la generación mineral establecía lógicamente el principio de la transmutación. Buscaban, pues, los alquimistas una substancia capaz de realizarla; pero esta necesidad de la substancia transformadora no aparece hasta el siglo XII de nuestra era, porque antes de esa fecha los herméticos árabes, fervientes neoplatónicos, dogmatistas de la transmutación, buscábanla en la proporcionalidad de los componentes metálicos, que

eran, según ellos, el azufre y el mercurio, y á los que Geber dió un compañero en el arsénico. La centuria duodécima buscaba el agente transformador, y este, llámesele piedra filosofal, polvo de proyección, agua de sol, llámesele como se quiera, es aquel quinto elemento sideral que establece la doctrina aristotélica, elemento "cuya presencia une y cuya ausencia descompone" los otros cuatro, clasificados por Empedocles en agua, tierra, fuego y aire; doctrina aristotélica, que venció á la atomística, que enseña que no son los cuerpos los que caen bajo la inspección de nuestros sentidos, sino su esencia, y que, estudiando el modo con que las moléculas se unen y se disgregan, las compara á las especies orgánicas, que se unen y se desunen, movidas por los fenómenos de la simpatía y de la repulsión.

Antes, pues, del siglo XII la filosofía hermética buscaba el agente *hecho*; su conocimiento, salvo aisladas opiniones de sistemas sin importancia, constituía el ideal alquímico; después sintióse por todos la necesidad de *combinarlo*. Entonces fué cuando el reloj de los siglos marcó la hora sombría de la locura universal.







¿CÓMO se hacía la piedra filosofal?

La obscuridad de los escritos herméticos, la incoherencia y la confusión de sus estilos, los términos truncados, torcidas las sintáxis, los nombres extranjeros, la constante apelación al símbolo mitológico, los títulos estrambóticos y un lenguaje especial lleno de jeroglíficos, lenguaje cuya invención se atribuye á nuestro Rey Alfonso el Sabio, oponen grandísima dificultad al análisis de las substancias químicas que se empleaban en la elaboración.

La *Tábula smaragdina* de Hermes, que, según la tradición, halló Alejandro el Grande en la tumba del legislador egipcio, en los profundos senos de la Gran Pirámide de Gizeh, y que debe su nombre á estar grabada por la mano de Hermes con la punta de un diamante, sobre una inmensa lámina de esmeralda, ha servido á muchos alquimistas

como explicación doctrinal de sus manipulaciones secretas para la fabricación de la piedra filosofal.

Dice así:

*«Lo verdadero sin falsedad es cierto, ciertísimo. Lo que está abajo es igual á lo que está arriba y lo que está arriba como lo que está abajo, para hacer los milagros de la cosa única. Y así como todas las cosas fueron creadas de una sola por la meditación de uno solo, de idéntico modo todas las cosas nacieron de esta cosa única por apropiación. Su padre es el sol; su madre la luna; el viento la llevó en su seno: la tierra la alimenta. Es el padre de toda la armonía del mundo; su virtud es entera cuando se deposita en la tierra. Separarás con cuidado é inteligencia la tierra del fuego, lo sutil de lo denso: él sube de la tierra á los cielos, vuelve á bajar á la tierra y adquiere su fuerza en lo superior como en lo inferior. Así poseerás la gloria del mundo entero: toda obscuridad se alejará de tí. Esta es la más fuerte de las virtudes porque somete todo lo sutil y penetra todo lo sólido. Así fué creado el mundo; así se producirán las apropiaciones admirables, siendo esta la manera y por esto me llamaron Hermes, tres veces grandísimo, poseyendo las tres partes de la filosofía del mundo. Lo que he dicho acerca de la operación del sol es cosa decidida.»*

Infinidad de comentarios se han escrito acerca de este enigma maravilloso. Hortulanus afirma que contiene en una envoltura jeroglífica el secreto de la preparación. El padre Kircher, que poseía el dominio de la escritura sacerdotal, trabajó largo tiempo sin llegar á descifrarlo. Ripley, Juan de España y otros tratadistas y adeptos confiesan ingénuamente



y sinceramente que no saben á qué atenerse; algunos, menos sinceros, la explican con un enrevesamiento de ideas y un retorcimiento de frases obscuras y misteriosas, que hacen pensar en la soberbia del que, pudiendo defenderse envuelto en sombras, no quiere darse por vencido. Arnaldo de Villanueva pretendía una vez aclarar estas dudas, disertando enfáticamente ante sus discípulos. Estos escuchábanle confusos y admirados. Uno de ellos, más decidido: «Maestro, yo no lo entiendo» se aventuró á decir. «Ni yo tampoco,—contestó Villanueva, sonriéndose; pero estad seguros que en esa esmeralda está el secreto de la piedra filosofal».

Aunque se quiera ver indicado en este Apocalipsis,—dice César Cantú, hablando de la *Tábula*, de cuya autenticidad duda Figuier—el poder del espíritu y la unidad de lo creado, en cuanto ocurra la idea de descender á los pormenores, será fácil apoyar en él todos los sistemas imaginables.

Renunciamos, pues, por inútiles á traducir pasajes de otros estudios alegóricos que compiten con la obra de Hermes en punto á *claridad y transparencia*. *El Tesoro*, del Rey Sabio; *La Alegoría*, de Merlin; *La Fuente y El sueño verde*, de Bernardo de Trévisan; *El espejo de los secretos*, de Roger Bacon; *El sepulcro de Semíramis abierto á los sabios*

y *La luz surgiendo de las tinieblas*, de Philalète, y el *Toisón de oro*, de Trimosín, son incontrovertibles demostraciones de la intencionada obscuridad de las recetas alquímicas. «¡Pobre idiota!»—apostrofaba Artefio á su lector.—¡Serás tan simple, que creas, que te he de enseñar abierta y claramente los más grandes misterios de mi ciencia!» «¿Hemos de arrojar, decía Arnaldo de Villanueva—el secreto de los secretos, este maravilloso dón de Dios, á los impíos y á los ignorantes, como se arroja una perla á los puercos?»

Rogerio Bacon, el coloso del siglo XIII, más exacto y menos enigmático que los alquimistas de su tiempo, indica claramente en su *Speculum alchimie*, el objeto y los medios de este arte. El fuego, lanzándose del fondo de las minas, halla los otros elementos: la tierra y el agua; seca y coagula las moléculas acuáticas, lo cual produce el mercurio; y refinando la tierra, resulta el azufre. Todos los metales, todos los minerales, están compuestos de azufre y mercurio, en grados diversos. Para hacer el oro, para perfeccionar la impureza mineralógica, conviene imitar el arte divino y estudiar lo que Dios hace. Ahora bien, los tres principios que, mediante el calor subterráneo, forman los metales perfectos, son el azufre, el azogue y el arsénico ó la sal; imitemos, pues, en el hornillo la operación de la Naturaleza, decían

los alquimistas, y eliminando los principios corruptibles unidos á los puros, hallaremos el camino abierto á la experimentación, y tras la experimentación, el éxito.

Para hallar la piedra filosofal, recetaba un adepto anónimo, son menester oro, plata, plomo, hierro, antimonio, vitriolo, solimán, arsénico, tártaro, mercurio, agua, tierra y aire, á los que deben unirse un huevo de gallo y (¡perdón, señores!) saliva, orines y excremento humano.

Puesto que se necesitan agua, aceite y vinagre, decía un filósofo burlón, la piedra filosofal es una ensalada, pero Mr. Collín de Plancy, desentendiéndose de este chistoso excepticismo, preconiza, muy formalmente, las excelencias de la siguiente receta:

Póngase una vasija de vidrio muy fuerte, en baño de arena, elixir de Aristeo con bálsamo de mercurio é igual peso del más puro oro de vida ó precipitado de oro, y la calcinación que quedará en el fondo de la vasija se multiplicará cien mil veces.

En el *Tratado de la Química filosófica y hermética*, enriquecido con las operaciones más curiosas del arte, impreso en París el año 1725, con aprobación firmada por Audry, doctor en Medicina y privilegiado del Rey, encontramos una receta notabilísima por su claridad y precisión, de la que extractamos los siguientes párrafos:

«Al principio, habiéndolo bien considerado los sabios, han reconocido que el oro engendra oro y la plata, plata, y pueden multiplicarse en sus especies.

Los antiguos filósofos, trabajando por la *vía seca*, han sacado una parte de su oro volátil y le han reducido á sublimado, blanco como la nieve, y reluciente como el cristal, y han convertido la otra parte en una sal fija, y de la conjunción del volátil con el fijo han hecho su *elíxir*.

Los filósofos modernos han extraído del mercurio un espíritu ígneo, mineral, vegetal y multiplicativo, en cuya concavidad húmeda está oculto *el mercurio primitivo ó quinta esencia católica*, esto es, universal. Por medio de este espíritu se atrae el gérmen espiritual contenido en el oro, y por esta vía, que han llamado *vía húmeda*, su azufre y su mercurio han sido hechos; el mercurio de los filósofos no es sólido como el metal, ni muelle como el azogue, sino un intermedio.

Han tenido este secreto oculto por mucho tiempo, porque es el principio, medio y fin de la obra; vamos á descubrirle para el bien de todos.

Para hacer la obra es, pues, menester:

- I Purgar el mercurio con sal y vinagre.
- II Sublimarle con vitriolo y salitre.
- III Disolverle en el agua fuerte.

- IV Sublimarle de nuevo.
- V Calcinarle y fijarle.
- VI Disolver una parte por deliquio en la gruta, donde se disolverá en licor ó aceite.
- VII Destilar este licor, para separar el agua espiritual, el aire y el fuego.
- VIII Meter este cuerpo mercurial calcinado y fijado, en el agua espiritual ó espíritu líquido mercurial destilado.
- IX Putrificarlos reunidos hasta que se ennegrezcan; después, en la superficie, se elevará un espíritu, un azufre blanco, inodoro, que también se llama sal amoniaco.
- X Disolver esta sal en el espíritu mercurial líquido, luego destilarle hasta que todo llegue á licor y entonces quedará hecho el *vinagre de los sabios*.
- XI Esto hecho, será menester pasar del oro al antimonio por tres veces y después reducirlo á cal.
- XII Poner esta cal de oro en vinagre muy agrio, dejarla putrificar y en la superficie del vinagre, se elevará una tierra en hojas, del color de las perlas orientales; es necesario sublimarlo de nuevo, hasta que esta tierra sea muy pura, y entonces tendréis hecha la operación de la grande obra.

Para el segundo trabajo, tomad una parte de esta cal de oro y dos del agua espiritual

cargada de su sal amoniaco; poned esta noble confección en un vaso de cristal de forma de huevo, y tapadlo herméticamente, manteniendo un fuego suave y continuo; el agua ígnea disolverá, poco á poco, la cal de oro; se formará un licor que es el agua de los sabios, y su verdadero *caos*, conteniendo las calidades elementales: cálido, seco, frío y húmedo. Dejad putrificar esta composición, hasta que se ponga negra, y esta negrura que se llama *la cabeza de cuervo* y *el saturno de los sabios*, dá á conocer al artista que ya está en buen camino.

Pero, para quitar esta negrura fétida, que se llama también *tierra negra*, débese hacer hervir de nuevo, hasta que el vaso no presente más que una substancia blanca como la nieve. Este grado de la obra se llama *el Cisne*. Es necesario, en fin, fijar con el fuego este licor blanco que se calcina y se divide en dos partes: la una blanca, por la plata, y la otra roja, por el oro. Entonces quedarán cumplidos los trabajos y poseeréis la piedra filosofal.

En las varias operaciones se pueden sacar varios productos. Al principio, *el león verde*, que es un líquido espeso, que se llama también *azote* y que hace salir el oro oculto en los materiales innobles; *el león rojo*, que convierte los metales en oro, es un polvo de un rojo vivo; *la cabeza de cuervo*, llamada tam-

bién *la vela negra del navío de Theseo*, depósito negro que precede al *león verde* y cuya aparición á los cuarenta días promete el buen resultado de la obra, sirve para la descomposición y putrefacción de los objetos de que se quiere sacar oro; *la pólvora blanca* que transmuta los metales blancos en plata fina; *el elixir rojo*, con el cual se hace el oro y se curan todas las heridas, y *el elixir blanco*, con el cual se hace la plata y se procura una vida sumamente larga, elixir conocido también con el nombre de *la hija blanca de los filósofos*, y todas estas variedades de la piedra filosofal, vejetan y se multiplican.»

¿Pero Vds. creen en la veracidad de las afirmaciones y en la utilidad de las combinaciones alquímicas? ¿Creen Vds. que es cierto que ha existido la piedra filosofal y que se ha hecho oro del cobre y del estaño? Es muy fácil decir que nó; pero, en cambio, cuán difícil es sostener la negativa! Porque con afirmar que si se hubiera descubierto gozaríamos hoy de sus ventajas, y con llamar brujos locos á los sabios de la Edad Media, no se resuelve nada en definitiva. ¡Cuántos y cuántos descubrimientos ha soterrado el polvo de los siglos! ¡Cuántas civilizaciones maravillosas nos son desconocidas por completo! Flota en las almas una aspiración universal: el conocimiento del *más allá*. ¿Quién lo adi-

vina? ¿Quién lo presiente? Nadie! Y, sin embargo, ¿quién tendrá el valor de sostener con pruebas, es decir, de una manera positiva, que no han cruzado la tierra un peregrino, acaso un pueblo, tal vez una raza entera, videntes de la eternidad?

Por tal motivo, yo no me atrevo á tener opinión en la materia. ¿Es cierta la existencia de la *pedra filosofal*? La razón ó la utopia razonada en la apariencia (¿quien puede fallar en definitiva?) dice que no; aquellos *brujos locos* dicen que sí. Van-Helmont nos refiere que la ha visto y la ha tenido en la mano, coloreada como azafrán en polvo y pulida y brillante como un trozo de vidrio; Paracelso afirma que es como un rubí obscuro, sólida, transparente, flexible, y sin embargo, como el cristal de frágil; Ramón Lull la llama *carbunculus*, porque se asemeja á esta piedra preciosa, en lo cual está conforme con Paracelso; Helvecio refiere que, hallándose en Magdeburgo, esforzándose en negar lo que él llamaba absurda teoría, el 27 de Diciembre de 1666, llegó á su presencia un desconocido, y después de discutir con él sobre filosofía hermética, le enseñó, una piedra filosofal, de color de azufre, y cinco grandes planchas de oro puro, explicándole de qué modo había llegado á tan sorprendente perfección. Rogóle entonces Helvecio diérale un poco de aquella



pedra ó al menos que le hiciese ver sus efectos por el fuego, lo que rehusó el desconocido, prometiendo volver pasadas tres semanas.

Volvió en efecto, como había ofrecido; mas solo á fuerza de súplicas y ruegos consintió en cederle un trocito, del tamaño de una semilla de rábano, y como dudase Helvecio de que tan escasa cantidad pudiera convertir en oro cuatro dracmas de plomo, el alquimista aún quitó la mitad, alegando que era bastante para producir el efecto deseado. En la primera entrevista que Helvecio celebró con aquel hombre, húbole de hurtar con la uña algunas partículas de la piedra, y habiéndolas echado sobre plomo derretido, disipose todo, no quedando del milagro más que un poco de tierra vítrea en el fondo del crisol. Consideróse engañado, pero el desconocido le objetó que era preciso envolver en cera la materia de proyección, á fin de que el humo del plomo no la alterase. Tenía que volver el alquimista, al día siguiente, á casa de Helvecio, para enseñarle á hacer la proyección; mas habiendo faltado á la cita, cansado Helvecio de esperar, puso, en presencia de su mujer y su hijo, seis granos de polvo en un crisol, y cuando estuvo derretido echóle el pedacito de piedra envuelto en un poco de cera amarilla; tapó el crisol con su tapadera, y al cuarto de hora encontró toda la masa convertida en

oro. Este oro, que era de un hermoso color verde, vertido en un cono, tomó color de sangre, y al enfriarse, quedó de un verdadero amarillo de oro. El primer platero que lo examinó lo halló tan puro, que lo avaluó en subidísimo precio; después nuestro héroe entregó una porción de él á Powelius, ensayador general de monedas de Holanda, quien probó dos dracmas con la quartación y el agua fuerte, y observó que habían aumentado dos escrúpulos, lo cual atribuyó á la superabundancia de tintura, que había convertido en oro una porción de plata; y sospechando, no obstante, que no se hubiese la plata separado bien del oro, lo volvió á sujetar por siete veces consecutivas al antimonio, no disminuyendo su cualidad.

Herigardo de Pisa refiere otro hecho curiosísimo. Un sabio—dice Herigardo—queriendo hacerme salir de dudas, diome una dracma de unos polvos de color bastante parecido al de la adormidera silvestre, y de un olor análogo al de la sal de mar calcinada, y con el fin de destruir toda sospecha de fraude, yo mismo compré el crisol, el carbón y el mercurio á distintos mercaderes, para que no pudiese temer la existencia de oro en algunas de aquellas materias, como de tan frecuente modo suele acaecer con los charlatanes.

En seis dracmas de mercurio añadí un poco

de polvos, lo sujeté todo á un fuego bastante vivo, y en poco tiempo, la masa quedó toda convertida en diez dracmas de oro, muy puro, según los plateros que lo ensayaron. Si todo esto no me hubiese sucedido sin testigos ni árbitros extraños, hubiera podido sospechar error ó fraude, mas puedo asegurar, sin temor á equivocarme, que el resultado que obtuve fué enteramente verdadero.

No son, estos que copio, los únicos testimonios que existen sobre el asunto. Lenglet du Fresnoy y Delezclúze relatan interesantes pormenores de la prisión de Ramón Lull en la torre de Londres. Juan Gremer, abad de Westminster, contemporáneo de Ramón Lull y que como él se dedicaba al estudio de la química, nos cuenta, en su *Testamento*, que el sabio mayorquín llegó á la presencia del Rey Eduardo y le propuso que si iba personalmente á hacer la guerra á los turcos, él se encargaría de proporcionarle todas cuantas riquezas necesitara. Conforme el Rey de Inglaterra con esta proposición, ordenó á Gremer diérale alojamiento en una celda de la abadía citada, de donde no se retiró como huesped ingrato, pues mucho tiempo después de su muerte, haciendo reparaciones en la celda que él había vivido, el arquitecto encargado del trabajo encontró en ella mucho polvo de oro, del que sacó grande provecho.

Pero su real patrono, impaciente por ver los resultados de la ciencia de Ramón, dióle habitación en la torre de Londres. La sencillez de alma del sabio no le permitió de súbito advertir la maligna precaución que ocultaba aquella cortesía real, y comenzó con extraordinario celo á hacer oro, del que se acuñaba moneda. Juan Gremer afirma y jura la verdad del hecho, y el erudito Camden, en sus *Antigüedades eclesiásticas*, dice que fué con este oro con el que se acuñaron, en cantidad de seis millones, las monedas llamadas *nobles de la rosa*. Terminado su importante trabajo, pretendió Lull continuar el curso interrumpido de sus estudios habituales; mas no tardó en conocer que era su alojamiento prisión en que la real voluntad le retenía con la avidéz de la codicia. Apesar de sus setenta y ocho años, reconcentró su valor, y habiéndose escapado del Támesis por medio de una barca, consiguió alcanzar la nave que le condujo á Mesina. Compuso en esta ciudad su libro *Experimenta*, en donde, aludiendo á la transmutación, á su cautiverio y á la mala fé del Rey Eduardo, dice: «Hice esta operación para el Rey de Inglaterra, que fingió querer combatir contra los turcos y que hizo después la guerra al Rey de Francia. Metióme en la carcel, pero me escapé. ¡Guárdate de él, hijo mío!»

Nicolás Flamel. Hé ahí al más discutido de

todos los alquimistas. Podreis creer en él ó reiros de su ciencia (mas no de su fortuna), según que estudiéis los juicios biográficos y críticos de sus defensores ó sus adversarios.

Es arriesgadísimo, por tanto, aventurar una opinión decisiva sobre este afortunado y misterioso personaje. Hizo de él la leyenda un héroe, y la historia, con tan falsos apoyos como su máscara, lo deja reducido á la ínfima categoría de un buen hombre, que fué memorialista, dió dineros á rédito, vivió modestamente y gastó su improvisada fortuna en obras de religión y de piedad. La crítica moderna, que no cree—y hace bien—en el *milagro*, cuando no lleva al dorso la patente científica, es decir, cuando deja de serlo, concede una escasísima importancia al libro de Abraham, á sus figuras jeroglíficas y al sueño premonitor por el que fué revelado á Nicolás Flamel. Nuestra modesta opinión es por completo adversa á esas milagrosas apariciones, pero (y aquí viene á pero el ídem indispensable á todo lo dudoso) no así á lo referente al éxito de sus estudios sobre la transmutación. No relataremos aquí, por no hacer este trabajo tan pesado y largo que colme vuestra galantísima paciencia, la vida azarosa y obscura de Flamel, la aparición del angel y las raras circunstancias por las que llegó á manos del venturoso escribiente el libro visto en el sueño, su traducción imposi-

ble, su viaje á España en busca del judío que había de descifrarlo, la muerte de éste y los veintiún años de perseverantes deducciones, hasta la hora divina del triunfo. Él nos lo cuenta, gentil y minuciosamente, en su *Libro de las figuras jeroglíficas*, que Arnauld tradujo de la lengua latina á la francesa. Pero si todo eso es, aunque bizarramente peregrino, asáz largo de narrar, en cambio, nos es preciso traducir, siquiera sea sintéticamente, algo de lo que Flamel cuenta sobre sus manipulaciones transmutatorias.

El lunes—refiere nuestro héroe— 17 de Enero del año 1382, de la redención del linaje humano, á la hora del medio día, en presencia de Pernelle, conseguí hacer, por vez primera, la proyección, convirtiendo cerca de media libra de mercurio en plata pura, de más ley que la mineral, á juzgar por mis ensayos y por los que encargué hacer á varios plateros en distintas veces. Después, siguiendo al pié de la letra las indicaciones del libro de Abraham, el 25 de Abril del mismo año, á las cinco de la tarde, transmuté en oro, valiéndome de la *pedra roja*, idéntica cantidad de mercurio.

¿Es verdad? ¿Es falso? ¡Quién lo sabe! Duda la historia de estos éxitos y se preguntan los historiadores por qué sigila Nicolás Flamel, ya que tan prolijo muéstrase en el relato de sus trabajos y aventuras, la naturaleza de su

piedra filosofal. No olvidemos, sin embargo, que ni uno solo de los alquimistas la ha revelado seriamente y recordemos las palabras de Artefio y de Villanueva, transcritas á los comienzos de este capítulo.

Otro curiosísimo testimonio es el de Eduardo Kelley, exnotario de Lancaster, condenado á perder sus dos pabellones auriculares por falsificador de documentos públicos.

Este desorejado pendolista, cuyo verdadero nombre era Talbod, habiéndose refugiado en Gales, país donde ignoraban sus trapacerías y sus condenas, fué testigo de un repugnante episodio de la revolución religiosa que ensangrentó á Inglaterra bajo el reinado de Isabel: la violación de sepulturas. Al profanar las tumbas ébrias la de un obispo, que fué en la tierra soberbiamente rico, sufrieron los saqueadores indescifrable decepción; esperaban hallar en el mortuorio cóncavo, una hacinación de joyas y de monedas, algo de las riquezas del tonsurado fastuoso y solo hallaron un viejo manuscrito y dos pequeñas bolas de marfil. Furiosos, al ver desvanecidas sus ansias criminales, arrojaron al suelo, con violencia cólerica, una de las esferas marfilinas. Abriose, al golpe, ésta, dejando escapar una piedra roja, disimulada en su interior. A tan extraño hallazgo, rompieron, curiosamente, la otra bola, y hallaron

en ella otra piedra, pero blanca y de la misma forma y tamaño que la anterior. Nuestro ex-notario, adivinando la secreta importancia de estos objetos, ofreció por ellos, negligentemente, una guinea, ofrecimiento aceptado por los violadores, contentos de ceder por tal cantidad aquellas inútiles reliquias, propias solo para entretenimiento de chiquillos. Siendo, como era, Eduardo Kelley, un diestro paleógrafo, se dedicó ardientemente á descifrar los secretos del viejo manuscrito; mas como no tenía la más leve noción de las ciencias químicas, escribió á su antiguo amigo el Dr. Juan Déé, hombre honorable y sabio, muy dado á las disquisiciones y á los ensayos de la investigación altaquímica, proponiéndole hacer ésta, aportando cada uno sus particulares conocimientos. Acepta Déé la invitación, viene á Gales desde Londres y examina los misteriosos hallazgos de su amigo. Con verdadera sorpresa, ambos convienen en que las substancias hasta entonces escondidas en los senos del marfil eran nada menos que una abundante provisión de piedra filosofal. En efecto, en un primer ensayo, ejecutado por un platero, á presencia de ellos, resulta la comprobación á maravilla. Visto esto, los dos amigos juzgan imprudente continuar sus operaciones en Inglaterra y se embarcan con dirección á Alemania.

En 1585, en Praga, capital de la Bohemia,



Kelley, emancipado de la tutela del Dr. Dée, ejecuta, en innumerables ocasiones, la transmutación con felicísimos resultados, y regala varios fragmentos de piedra á algunos personajes de la corte, entre otros al mariscal de Rosenberg. La más verídica de estas transmutaciones, presenciada y testimoniada por escritores ilustres y personas de verdadera seriedad, una de ellas el famoso médico Nicolás Barnaud, fué la ejecutada en casa del médico imperial Tadeo de Hayek, conocido en el mundo de la ciencia con el pseudónimo de *Agecius*. Con una sola gota de un aceite rojo convirtió en oro una libra de mercurio; después de la operación hallaron los circunstantes en el fondo del crisol un pequeño rubí, y habiéndosele conminado á explicar su presencia, aseguró Kelley ser proveniente de la excesiva cantidad de piedra filosofal empleada en la transmutación. Un trozo de este metal aurífero, que conservan y muestran á quienes lo desean los herederos del médico imperial, es la prueba más verosímil y concluyente de este hecho histórico, por nadie puesto en tela de juicio.

La brevedad de espacio impídenos continuar la enumeración, que sería de por sí larga y pesada, de las multiplicaciones que atestigua y relata la historia de esta ciencia; pero séanos permitido, antes de finalizar este

capítulo, hablar de pasada de otro curiosísimo experimento que, en 1648, verificaron en la Corte de Alemania Fernando III y Richthausen. Este último, habiendo heredado una piedra filosofal que en su lecho de muerte cedióle otro alquimista, llamado Labujardière, transformó en oro, ayudado por Fernando III, dos libras y media de mercurio.

El emperador hizo batir con este oro una medalla, que existe aún en la Tesorería de Viena. Representa al dios Apolo llevando un caduceo, dos alas á los piés, y orlado con una inscripción latina, que testifica la maravillosa proyección. En 1650, Fernando III hizo en Praga una segunda prueba con el mismo resultado y ordenó hacer otra moneda conmemorativa, con la leyenda: *Aurea progenies plumbo prognata parente*; moneda que forma parte de la magnífica colección existente en el castillo imperial de Ambras, en el Tyrol, país perteneciente á la corona austriaca.

Aún pudiéramos traducir y enumerar curiosos relatos que conocemos referentes á las transmutaciones verificadas por el ilustre español Arnaldo de Villanueva, por Martini, por Turnecifero, por Roberto Boyle, por el general Paykül y la que en 1658 vió hacer á un viajero desconocido el respetable Mr. Gros, ministro del Santo Evangelio en Ginebra; pero no hay ocasión posible, el tiempo se nos va

y aún quedan muchas curiosidades de otro género que referir para daros una idea, siquiera sea ésta aproximada, de la importancia de la alquimia y de su influencia universal.

Mucho se ha hablado de la cantidad de piedra necesaria para la transmutación. Al estudiar este importante extremo nos hallamos sorprendidos por una variedad de criterios, por una diversidad de afirmaciones, que pasan al menos asombradizo. Kunckel, el más modesto de todos los iniciados, reconoce que no puede volverse oro más que dos veces el peso de la piedra filosofal invertida; Germspreiser sostiene que de treinta á cincuenta; Arnaldo de Villanueva afirma que se puede llegar hasta la multiplicación del ciento por uno; Roger Bacon no se contentaba con menos que elevarla á cien mil; más allá iba Isaac de Holanda, que atribuía á un grano de piedra potencia para convertir en oro un millón de granos; pero Ramón Lull, el Raimundo Lulio de la leyenda y de la historia, afirmaba que de un adarme de piedra filosofal podían sacarse... (un poco fuerte es, señores, pero allá vá...) ¡millares de billones!

Y sin hacer comentarios, porque ellos solos se hacen, pasemos ahora un rápido vistazo por las vicisitudes de la alquimia y los alquimistas y sus relaciones con los gobiernos y los reyes.





**M**ULTITUD de emperadores y de príncipes abrigaron por largo tiempo la esperanza en el poderío universal conquistado, si no por el hierro, por el oro. La piedra filosofal era el ensueño supremo, la redentora aspiración. Alfonso X el Sabio, citado anteriormente, aplicóse largo tiempo á los estudios y manipulaciones del arte alquímico y dejó gran número de escritos acerca de él. Isabel de Inglaterra, también ferviente apasionada, se abandonó igualmente á los trabajos de investigación. El emperador Rodolfo confesaba no haber sentido en el trono deseo más ardiente que la posesión del gran secreto, y el segundo Felipe de los Austrias, el Rey austero y devoto que erigió el Escorial, que sobrevive á los siglos como arquetipo del caracter de época y raza, derrochó inmensas sumas en

hacer trabajar á los multiplicadores (nombre con que se designaba á los adeptos) sin obtener el más ligero resultado.

Un empírico, á su paso por Sedán, dió al príncipe de Bouillon, Enrique I, el secreto de hacer oro, que consistía en fundir en un crisol un grano de un polvo rojo que él poseía con algunas onzas de litargirio. El príncipe efectuó la operación en presencia del charlatán y sacó tres onzas de oro de tres granos de aquel polvo, lo que le sedujo á maravilla, y el adepto, para completar la superchería, regalóle todo su polvo transmutable. Había de él cien mil granos, con lo que alardeaba de poseer igual cantidad de onzas de oro. El filósofo llevaba prisa en su viaje, pues debía llegar á Venecia para asistir á una asamblea de herméticos, y como á causa de su largueza había quedado en la miseria, pidió un socorro de veinte mil escudos. El príncipe de Bouillon, encantado, le regaló cuarenta mil, haciéndole además una despedida pomposa y honorífica. A su llegada á Sedán había el sutilísimo farsante comprado todo el litargirio que almacenaban los boticarios, á quienes lo volvió á vender cargado de algunas onzas de oro. Cuando Enrique I consumió en sus felices operaciones, todas las estalactitas del protóxido referido, acabósele la facultad de hacer oro, no vió más al empírico y quedó solemnemente chasqueado en

los cuarenta mil escudos de su codicia y su generosidad.

Juan Gautier, barón de Plumerolles, se alababa de poseer el secreto de la transmutación. Carlos IX, engañado por sus promesas, le mandó dar ciento veinte mil libras y Gautier puso manos á la obra; mas después de ocho días de infructuosos trabajos huyó con el dinero del monarca. Corrióse en su persecución y fué preso y ahorcado, llevándose el secreto á la eternidad.

En 1616, María de Médicis dió á Guido de Grusemburgo veinte mil escudos para trabajar en la Bastilla. Huyóse, pasadas tres semanas, con los veinte mil discos de oro y no se tuvieron en Francia más noticias de él.

Enrique VI de Inglaterra se vió en tal necesidad, que, según refiere Evelino en su *Numismática*, intentó llenar sus cofres con la ayuda de la alquimia. El encabezamiento de este proyecto singular contiene las protestas más solemnes y más serias sobre la existencia y virtudes de la piedra filosofal, animando á los que se ocupasen de ella y anulando y condenando todas las disposiciones anteriormente promulgadas. Supónese que el libelo de este encabezamiento fué comunicado por Selden, archivero mayor, á su íntimo amigo Ben Johnson, cuando componía su olvidada comedia *El Alquimista*.

Publicada que fué esta real cédula, fueron tantos los que hicieron hermosísimas promesas, que al año siguiente S. M. declaró á sus súbditos, en otro edicto, que se acercaba la hora deseada, y que iba á pagar todas sus deudas en oro y plata acuñados. El relato de donde tomamos esta anécdota no precisa si las pagó; pero, consultando un curiosísimo opúsculo sobre *La guerra de las dos rosas*, observamos cómo la sospecha en contrario toma caracteres de indudable veracidad.

Carlos II pensaba tambien en la altaquimia, y las personas ocupadas en operar en la magna obra eran tan de nota como ridícula era la cédula, porque la formaban monges, droguelos, tenderos y atuneros, y esta fué concedida *authoritate parlamenti*.

Jacobo Cœur adquirió por medio de la alquimia, grandes riquezas en la corte de Carlos VII, y llegó á ser su ministro, y el ya citado emperador Rodolfo II, que subió al trono de Alemania en 1576, gastó inmensos tesoros en tales experimentos. A su muerte se encontraron en su laboratorio diez y siete barriles de oro purísimo destinado á consumirse en ensayos.

Otro príncipe aleman, contemporáneo de Rodolfo, el elector Augusto de Sajonia, trabajaba con sus propias manos en las operaciones alquímicas, en un laboratorio que poseía en



Dresde y al que el pueblo designaba con el nombre de *Maison d'or*, y su esposa, Ana de Dinamarca, compartía el entusiasmo trabajando en su castillo de Hanaberg en un laboratorio que Kunckel nos describe como el más vasto y bello que ha existido en el mundo. Cristián, el sucesor de Augusto en el trono de Sajonia, también fué grandemente apasionado de estos estudios.

En las *Curiosidades de la literatura*, en la traducción francesa que del original inglés hizo Mr. Bertin, leemos que una princesa inglesa, resuelta y entusiasta, halló un filósofo que juraba ser dueño del misterio de la transmutación. Este presuntuoso hermético pedía únicamente los materiales y el tiempo necesarios para ejecutarla. Fué llevado á una casa de campo de su protectora, donde se construyó un vasto laboratorio, y á fin de que no se le estorbare, se prohibió por completo la entrada en él. Hizo de modo que su puerta diese vueltas; así es que recibía la comida sin ver y sin ser visto, y sin que nadie pudiese distraerle de sus sublimes contemplaciones.

Durante dos años que estuvo en el castillo, no consintió en hablar ni aun con la princesa, su protectora, y cuando por vez primera se vió ésta introducida en el laboratorio, vió, con grata admiración, calderas inmensas, largos tubos, hornos, hornillos, alambiques y tres ó cuatro

fuegos infernales, encendidos en diferentes lados de esta especie de volcán. No contempló con menos veneración la ahumada figura del alquimista, pálido, descarnado, tembloroso á causa de sus operaciones y vigiliás, quien la reveló en una jerga ininteligible los resultados obtenidos, y ella, seducida por la ilusión, vió hasta bocas de minas de oro abiertas en distintos rincones del laboratorio.

Entretanto el alquimista pedía continuamente un nuevo alambique ó inmensas cantidades de carbón, y la princesa, que á pesar de su celo, veía ya gastada gran parte de su fortuna en abastecer las demandas del prisionero, empezó á regularizar los vuelos de la imaginación con los consejos de la prudencia.

Ya habian transcurrido dos años; en ellos habíanse fundido inmensas cantidades de plomo, y... aún no se obtenían más resultantes que plomo; descubrió sus ideas al físico y éste confesó sinceramente que él mismo estaba sorprendido de la lentitud de sus progresos; pero que iba á redoblar sus esfuerzos y á aventurar una operación de la que hasta entonces había, por peligrosa, prescindido. La egregia dama se retiró, y las doradas visiones de la esperanza recobraron su triunfal imperio.

Un día, un horrible grito seguido de una explosión formidable, conmocionó la tierra. La princesa, asustada, dirígese con sus criados al

inmenso laboratorio. En medio de él, entre retortas rotas y hornillos volcados, á la luz de un incendio que lamía los muros, vieron el cadáver del viejo visionario, humeante, como una tea de resina que se arroja al suelo.

Pero no todos los poderosos oyeron la alhagadora voz de la sirena. Hubo muchos que escaparon á los peligros de la sugestión. En 1317 el papa Juan XXII fulmina contra los alquimistas la bula *Spondent pariter*, en la que declara infames á todos los que se dedican á estos trabajos y priva de toda dignidad á los eclesiásticos convictos de la nefanda investigación.

Carlos V, rey de Francia, proscribió por una ley los trabajos herméticos y ordenó destruir todos los instrumentos y todos los hornillos que se encontrasen. Un desdichado alquimista llamado Juan Barillón, sorprendido en la contravención de las disposiciones reales, fué preso y condenado por sentencia de 3 de Agosto de 1380. Todos los buenos oficios y todo el celo de sus amigos y admiradores resultaron inútiles para liberarlo de la dura ley.

Enrique IV de Inglaterra, animado de la más profunda adversión hacia la alquimia, lanzó en 1404 un conciso y enérgico edicto contra los cultivadores de este arte. «Nadie se atreverá—dice esta real disposición que copio traducida al pié de la letra—de hoy en adelante, bajo la

pena de ser tratado y castigado como felón, á multiplicar el oro y la plata ni á emplear supercherías para triunfar en estos ensayos criminales». Pero esta prohibición no fué más escuchada en Inglaterra que la que sobre el mismo asunto publicó en 1418 el Consejo de Venecia.

En 1575 el duque Julio de Brunswick hizo quemar, dentro de una jaula de hierro, á una mujer llamada María Ziglerin, que había prometido revelarle la forma de la preparación y no pudo cumplir su compromiso.

Marco Antonio Bragadino, capuchino veneciano, que se alababa de hacer oro, fué acusado de brujo y decapitado en Munich el año 1595 por orden del duque Guillermo II. También fueron procesados y arcabuceados en la plaza pública, como sus demonios familiares, dos perros negros que acompañaban siempre á Bragadino en sus correrías por los Estados de Guillermo. En 1597 Jorge Honaüer corrió, por sentencia de Federico de Wurtemberg, la misma suerte que el desgraciado capuchino. En 1686 Guillermo de Krohnemann, acusado de vender una amalgama de mercurio y oro, como oro producto de sus transmutaciones, fué condenado á horca por el margrave Guillermo de Beireuth. Sobre el patíbulo en que pendía su cuerpo, hizo el margrave colocar esta inscripción irónica. «*Je savais autrefois fixer le*

*mercure, et c'est moi maintenant qui suis fixé.»*

En 1709 Gaëtano sufrió la misma pena, por mandato del Rey de Prusia. Un rival de Gaëtano, Hector de Klettemberg, fué conducido por el Rey de Polonia á Kœnigstein y decapitado allí por no haber podido cumplir sus extraordinarias promesas. Conocidos son de todos las aventuras y trágico fin del escocés Alejandro Sethón, que han popularizado en su país leyendas y tradiciones; no menos populares son las andanzas de David Benther, víctima de la codicia y el despecho de otro soberano alemán. Son tantos, en fin, los nombres de los mártires de este ideal, que contra nuestro deseo no podemos seguir la dolorosa enumeración sin riesgo de fatigar á los benévolo oyentes.

Innumerables anécdotas, á cual más peregrina, corren por labios y libros, amenizando esta materia en sus aspectos histórico y científico, pero ninguna, acaso, revela tanto ingenio como la que vamos á referir y que se atribuye á León X.

Juan Augusto Augurello (un poeta mediocre que vivió en el siglo XVI) compuso un poema sobre el arte de hacer oro y se dijo poseedor del gran secreto. Tituló su trabajo *La Crysopeya*, y haciendo de él una primorosísima copia caligráfica, dedicóla al Santo Padre, espe-

ranzado en la munificencia pontifical. Leyólo Leon X atentamente y por toda respuesta, como valiosa dádiva, regaló al infeliz poeta una bolsa vacía, para guardar—según le dijo—todo el oro que fabricara con su maravilloso descubrimiento.

Collin de Plancy refiere en su precitado Diccionario una curiosa historia, que merece la inclusión en este capítulo. Moraba en Pisa un usurero muy rico, llamado Grimaldi, que había reunido cuantiosas sumas á fuerza de tacañerías. Vivía solo y muy mezquinamente, no teniendo criado, por ahorro de salario, ni perro, por economía de bazofia. Una noche en que, habiendo cenado en casa de un su amigo, se retiraba solo y muy tarde, apesar de la lluvia que caía en abundancia, alguien que le acechaba cayó sobre él para asesinarle. Grimaldi, al sentirse herido, entró en la tienda de un platero, que por casualidad estaba aún abierta. Este platero, lo mismo que Grimaldi, pretendía hacer fortuna, pero por otro camino que el de la usura, pues buscaba la piedra filosofal, y como aquella noche hacía una gran fundición, había dejado su tienda abierta para templar el calor de los hornillos.

Tacio, que así se llamaba el platero, habiendo reconocido á Grimaldi, le preguntó qué hacía en la calle á tan extraña hora. «¡Ay de mí—contestó Grimaldi—acabo de ser

asesinado!» y al decir esto se sienta y muere.

Puso á Tacio tan adversa aventura en el más grande aprieto, pero pensando con frialdad en su situación, comprendiendo que todos los vecinos se hallaban dormidos ó encerrados por causa de la lluvia y que el estaba solo en su tienda, concibió un proyecto atrevidísimo. Nadie había visto entrar á Grimaldi en su casa; declarando su muerte, podrían sospechar de él; así es que cerró su puerta y pensó cambiar en suerte su desgracia con más fácil manera de la que discurría para trocar el plomo en oro.

Tacio sospechaba las riquezas de Grimaldi, y habiéndole registrado, halló en sus faltriqueras un grueso manojó de llaves. Como Grimaldi no tenía parientes, al alquimista no le pareció del todo mala la idea de instituirse su heredero; así es que, embozado en ancha capa y provisto de una linterna, salió de su casa y dirigióse en derechura á la del muerto. Hacía un tiempo horrible, pero nuestro hombre no se arredró por ello. Llega, abre la puerta, busca la caja, y después de muchos trabajos y averiguaciones consigue abrir todas las cerraduras. Atónito contempla altos montones de joyas y diamantes, y cuatro sacos, en cada uno de los cuales vé con alegría una magnífica leyenda: *Tres mil escudos en*

*oro*. Apodérase de ellos y regresa á su tienda, sin que nadie le hubiese visto.

De tornada, oculta al punto sus riquezas, y tomando al cadaver en sus brazos, le lleva á la bodega, abre un hoyo de cuatro piés de profundidad y le entierra con sus llaves y vestidos. Hecho esto, corre á su aposento, cuenta su oro y encuentra las sumas conformes con los rótulos; colócalo todo en un armario secreto y en seguida se acuesta, rendido al trabajo y la alegría.

Algún tiempo después, no apareciendo Grimaldi, abriéronse sus puertas y todos se admiraron de hallar la caja vacía. Se hicieron vanas pesquisas, por mucho tiempo, y cuando ya no se hablaba de él, fué cuando Tacio aventuró algunos dichos acerca de sus descubrimientos químicos. Se le burlaron á la cara, pero él sostenía con tesón los adelantos que iba haciendo, graduando con admirable destreza sus afirmaciones y su alegría. Ya en punto su proyecto, habló de un viaje á Francia para ir á vender los resultados obtenidos, y á fin de representar más justamente su papel, pidió dinero para embarcarse, y como no le consiguiera en parte alguna, hipotecó en cien florines un cortijo de su propiedad. Tomósele por loco rematado, pero no por eso dejó de marchar, mofándose de sus paisanos que se burlaban de él tan á las claras.



En tanto, llegó á Marsella, vendió sus joyas y trocó su oro por letras de cambio contra buenos banqueros de Pisa y escribió á su mujer que había ya realizado sus efectos. Su carta infundió tal admiración en los ánimos, que duraba aún á su llegada á la ciudad. Adoptó un aire triunfal, y para añadir pruebas sonantes á las verbales que daba de su fortuna, fué á buscar sus miriadas de escudos á casa de los banqueros. Ya era imposible negarse á tan evidente demostración. Contábase por todas partes su historia, exaltábase por doquier su ciencia, fué puesto al nivel de los sabios y obtuvo á la vez la doble consideración del potentado y del genio.







**H**EMOS cruzado, como en viaje eléctrico, á través de los campos de la alquimia, conocemos la confusión de sus orígenes y la impulsión de su desarrollo, sus preponderancias y sus decadencias, sus triunfos y sus decepciones, sus formularios empíricos y sus aventuras maravillosas, sus protectores y sus adversarios, sus apasionados adeptos y sus pérfidos embaucadores. Hemos llegado á este punto, y nos hemos quedado sin saber si es verdad que los alquimistas hicieron oro ó si forjaron el de la ilusión en el crisol de la mentira; y después de tantas cuartillas y de tantos relatos y de tantas opiniones, tras haber fatigado abusivamente vuestra galantísima paciencia, aún no hemos podido demostrar la afirmación sentada á los principios de este discurso: «La alquimia fué la ciencia más provechosa de su tiempo.»

No nos importe la alternativa en que colocábamos la cuestión; no discutamos si hicieron oro ó si lo derrocharon locamente; este ideal, principalísimo para los viejos alquimistas, tiene para los hombres del siglo XX un interés muy relativo. Cantemos á la alquimia, no como ciencia quimérica y dudosa, no; cantémosla como ciencia eminentemente positiva. Por ella, por ese ideal grandioso de *los brujos*, halló Geber, el príncipe de los químicos árabes, á quien Cardan incluye en el número de los doce sabios más sutiles que ha tenido el mundo, el poder disolvente de muchos ácidos; Rhasés inventó la destilación alcohólica y descubrió el oropimente, el rejalgar y el bórax; el grande Alberto vió la potasa cáustica, obtuvo el cinabrio artificialmente, notó los efectos del calor sobre el azufre y dió reglas precisas para fabricar los acetatos de cobre y plomo, el albayalde y el minio; Rogerio Bacon, el águila de la Edad Media, advirtió la influencia del aire en las combustiones y fué el primero que estudió la desflagración del nitro, formidable avance en el descubrimiento de la pólvora; Ramón Lull, tantas veces citado, descubrió el ácido sulfúrico y perfeccionó la preparación del carbonato de potasa, del alcohol rectificado, de los aceites esenciales y del mercurio dulce. Tras el ensueño de los dioses, Isaac de Holanda inventó pro-

cedimientos para imitar innumerables piedras preciosas; Basilio Valentín descubrió el antimonio y la mayor parte de sus propiedades, obtuvo el ácido clorhídrico y enseñó á preparar el éter sulfúrico; Paracelso, aquel portentoso genio que sostenía que las correas de sus zapatos sabían más medicina que Hipócrates y Galeno juntos, reveló la existencia del zinc é introdujo en la práctica médica los derivados químicos de algunos metales; Van-Helmont halló el modo práctico de aislar, recojer y estudiar los gases, constituyendo así la Pneumática, ciencia que más tarde hubo de servir de base á la Química positiva; Glauber obtuvo y estudió la sal admirable que lleva su nombre; Della Porta el modo de desoxidar los metales; Brandt demostró la existencia del fósforo en el cuerpo humano, y Botticher hizo el estudio químico y perfeccionó la fabricación de la porcelana, empresa magna en que Bernardo de Palissy consumió su existencia. Antes, Miguel Escoto trazó, ocupado en los trabajos de investigación alquímica, las primeras líneas de la frenología, esa ciencia tan discutida y tan grande, y Schwartz reveló (acaso fué la casualidad la inspiradora) el secreto de la pólvora fulminante, secreto terrible y maravilloso, que costó la vida á su inventor, á quien según la elegante locución de un gran poeta, bajó la Muerte á dar las gracias.

No os fatigaré, señoras y señores, con más citas de nombres y de inventos; bastan á mi propósito las que, como en desfile brillantísimo, como en marcha triunfal, resbalaron por vuestros oídos, despertando vuestros recuerdos, para servir de concluyentes pruebas, de afirmaciones decisivas, en pró de mi aseveración fundamental. Creo, pues, suficientemente demostradas mis opiniones prístinas. Mucho os he fatigado en el transcurso de esta hora, y mucho más os fatigaría si diese á mis cuartillas la extensión que merece asunto tan complejo, tan amplio y tan discutido, como este que remembramos en pasajera y ligerísima desfloración. Pero no, fiad en que he de ser breve; que, aunque generosa, ya sé que no es elástica vuestra paciencia.

No os hablaré, por esta causa, de los trabajos múltiples emprendidos tres siglos hace, en pos del disolvente universal, del agente capáz de reducir á la forma líquida todos los cuerpos de la Naturaleza, idea á que dieron vida Paracelso, y robustéz Van-Helmont; ni de las teorías palinjenésicas que preconizaban el renacimiento de las cosas muertas, surgentes como el mítico Fénix, de sus propias cenizas; ni de la fábrica y maquinación del *homunculus*, prueba indiciaria de la eterna aspiración de Prometeo. Y, como sobre ascuas, pasaremos, contentándonos solo con la cita sobre

la leyenda que aureola y poetiza la figura del aventurero Rosenkreuz, y sobre los fundamentos históricos de aquella Sociedad—especie de anticipada francmasonería liberal—de filósofos y pensadores, en su mayor número paracelsistas entusiastas, que extendió sus arterias ideales por todos los pueblos civilizados, con más vida y potencia en Francia y Alemania, y que menciona el libro del venerable Kronos, bajo el poético sobrenombre de *Rosa-Cruz*.

---

Las vetustas creencias en la piedra filosofal, no desaparecieron con el triunfo de la Química, como nubes que arrastran ventiscas del otoño. Aunque es verdad que amenguaron sus entusiastas, no es menos cierto, que ni un solo día ha dejado la aspiración humana de acariciar tan dorada ilusión; pasó la embriaguéz de los diez siglos, y el XIX, aunque ha visto legiones de degenerados y de cándidos que perseguían el áureo ensueño con estúpidas alambicaciones de uñas de topos, raíces de coles, pelos de gatos, hongos y acederas, ojos de sapos, la flor del estaño, el sudor del sol y los salivazos de la luna, también ha contemplado innumerables pléyadas de sabios, que con las armas formidables de los últimos descubri-

mientos científicos, han buceado en el misterio con tanta perseverancia como infortunio.

Y réstanos ya, para finar este modestísimo trabajo, hablar de la flamante teoría del inventor de Filadelfia, Mr. Hunter, que afirma haber realizado el ideal de los viejos alquimistas, con el auxilio de la electricidad, esa X inmensa trazada sobre el porvenir de lo conocido y de lo ignorado.

Las primeras noticias habidas por nosotros de este descubrimiento portentoso, se deben al incansable polígrafo el Sr. D. Vicente Vera, uno de los hombres más cultos y más ilustres de la patria nueva, que en un artículo publicado en *El Imparcial* del 14 de Agosto de 1903, traducía de extranjeras lecturas y comentaba con propios razonamientos, como de el, oportunos y atinadísimos, la moderna teoría de la transmutación de los metales, al parecer victoriosa en la práctica por la energía de la electricidad.

Mr. Rodolfo M. Hunter, rico inventor de Filadelfia, poseedor de trescientas sesenta patentes de invención, entre las que se señalan las del sistema alternativo de transmisión eléctrica, de frenos eléctricos, de básculas y máquinas automáticas y la del perfeccionamiento del sistema del trolley para tranvías, en beneficio de la seguridad pública, es el moderno Nicolás Flamel de que se trata.



Para dar exacta idea de estos ensayos beneméritos, parécenos que en vez de glosar en deficientes prosas el artículo del Sr. Vera, será, de una manera intensísima, más grato á los oyentes la transcripción de algunos de sus párrafos.

Dicen así:

«Si los átomos de los cuerpos simples están constituídos por electrones ó elementos eléctricos iguales todos en su esencia, y las diferencias de unos átomos á otros consisten en el número, movimientos y polaridad eléctrica de los electrones que los constituyen, se comprende la posibilidad, teórica por lo menos, de transformar unos átomos en otros de otra clase.

Para ello bastará desintegrar los átomos que se quieren transformar dando libertad á sus electrones y haciendo que éstos se agrupen de nuevo en las condiciones y número que correspondan á otros átomos, y entonces estos átomos nuevos aparecerán como producto de los primeros.

Esto, que ne se anunciaba sino como una concepción teórica, es lo que, según parece, ha conseguido realizar prácticamente Mr. Hunter, transformando la plata en oro fino.

El átomo de plata consta de 75.600 electrones, el de oro de 137.600; casi el doble. Mr. Hunter manifiesta haber encontrado el procedimiento para desagresar los elementos

eléctricos contenidos en un peso dado de plata, una onza, por ejemplo, y hacer que se agrupen de nuevo constituyendo oro, que tendrá el mismo peso que la plata primitiva, pero que ocupará diferente volúmen, el correspondiente á la densidad del oro.

Como prueba de su maravilloso descubrimiento, el inventor presenta varios ejemplares de plata, en los estados sucesivos de transformación hasta llegar á quedar convertida en oro fino.

El oro así obtenido por Mr. Hunter tiene todos los caracteres físicos y químicos del que se encuentra en la naturaleza. Tiene su color amarillo peculiar, su densidad de 19,3, su maleabilidad prodigiosa, no es atacado por el ácido nítrico, y sí solo por el agua regia, dando un cloruro soluble con todos los caracteres químicos del cloruro áurico. Es, en suma, un cuerpo enteramente igual al que el Sil y el Darro arrastran en sus arenas; al que se guarda en minas no exploradas de España; al que en California produjo la fiebre mercantil en los famosos días de 1849; al de los placeres de la Australia; al de las minas del Transvaal, causa de la luctuosa guerra de tres años; al de las regiones heladas y peligrosísimas de Alaska.

No se conocen los detalles del procedimiento de Mr. Hunter para lograr este prodigio,

pues, naturalmente, el inventor guarda el secreto de lo esencial; solo se sabe que emplea la acción de la electricidad y la de presiones enormísimas, probablemente la primera como agente de disociación de los átomos de la plata y las segundas para favorecer la nueva agrupación de los electrones.

Ha tenido, además, conferencias con los hombres de ciencia más eminentes de Filadelfia, presentándoles los diferentes estados de la transformación de la plata en oro, haciendo algunas operaciones delante de aquéllos y dejándoles someter al análisis químico cada una de las muestras sucesivamente obtenidas.

El proceso de la conversión de la plata en oro por el procedimiento de Mr. Hunter dura treinta horas, y como de una onza de plata puede obtener una onza de oro, que vale veinte veces más, es fácil calcular el beneficio inmenso de la nueva industria.

Dice Mr. Hunter que, lo mismo que la plata, pueden convertirse en oro otros metales, como el cobre y el plomo; pero el procedimiento resulta más difícil y costoso.»

Ligando estos apuntes, llega á nosotros otra noticia sensacional: la de que el eminente químico Sir William Ramsay, una de las glorias mas grandes de la química moderna, honra del Reino Unido, su patria, ha verificado en la *London Institution* un experimento de

extraordinario interés para la ciencia: la transformación del *radium* en otro cuerpo simple, el *helium*, deduciendo de su experimento la confirmación probable de la unidad de la materia, y por ende la posibilidad de llegar un día á la soñada transmutación de los metales.

Sabido es que el *radium* es un poderoso agente químico, extraído de la *pitchblenda*, descubierto por los esposos Curie el 19 de Junio de 1902 (aunque ya á los comienzos de la centuria décimo novena hablaba Sir Humphry Davy de la *materia radiante*, sin ser por nadie comprendido) y que está destinado, por sus potencias colosales, á producir una verdadera, una honda revolución, no solo en el mundo científico, sino en la existencia universal.





**H**E terminado. Yo hubiera tenido una verdadera, una extraordinaria satisfacción en poder hablaros más extensamente de los principales alquimistas y de sus sistemas filosóficos, de sus conquistas ignoradas, de sus procedimientos utópicos y de sus locuras nobilísimas, y narrado os hubiera prolijamente anécdotas interesantes é instructivas de curiosidades históricas y legendarias, halladas al revuelo de papelotes y de libros, ayudado por la creciente difusión de la cultura actual, por la que tan á poca costa se consigue hoy un barnicito de erudición; pero concurren á estas omisiones innumerables circunstancias: la precipitación con que he tenido que coordinar hechos y emborronar cuartillas; la dificultad, para mí insuperable, de amenizar las arideces de la ciencia y de la filosofía, de más conveniente estudio que en una conferencia,

en libros y á dosis, graduadas á voluntad de los lectores; y sobre todas, la decepción que causa en un público cultísimo, invitarle para escuchar las gentiles creaciones de un literato ilustre y un inspiradísimo poeta, y hallarse, en triste cambio, precisado, por un alarde de cortesía exquisita, que os agradezco en cuanto vale, á oír el pesadísimo farrago de mal narradas historias, que le ofrece quien, como el que os dirige la palabra, carece de las necesarias condiciones para empresas como ésta de tanta dificultad y de tan grande importancia.

Yo os pido una y mil veces perdón, y ya que os hablé al principio de alquimias invertidas, pienso que también vosotros echásteis en el crisol el oro purísimo de vuestras esperanzas, y habeis hallado en trueque el cobre impuro y sin valor de mis torpezas.

Por ellas intensamente apesarado, yo os ruego, por vez última, Señoras y Señores, que perdoneis la magnitud de mi atrevimiento en holocausto á la grandeza de mi voluntad.

HE DICHO



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6101990310

